El Viacrucis, también conocido como el Camino de la Cruz, es una de las devociones más profundas y conmovedoras de la tradición católica. A lo largo de sus catorce estaciones, nos sumergimos en los momentos más cruciales de la Pasión de Cristo, contemplando su amor infinito y su sacrificio redentor. La duodécima estación, *Jesús muere en la Cruz*, es el corazón mismo de este camino. Es el momento en que el Hijo de Dios entrega su vida por la salvación de la humanidad, un acto de amor que trasciende el tiempo y el espacio, y que sigue resonando con fuerza en nuestro mundo actual.

El origen y la historia de esta estación

La crucifixión de Jesús no fue un evento aislado, sino el cumplimiento de las Escrituras y la manifestación del plan divino de salvación. Desde el Antiguo Testamento, los profetas anunciaron el sufrimiento del Mesías. Isaías, en el capítulo 53, describe con precisión el dolor y la humillación que Cristo padecería: *«Despreciado y rechazado por los hombres, varón de dolores y familiarizado con el sufrimiento [...] Él fue traspasado por nuestras rebeliones, y molido por nuestras iniquidades»* (Isaías 53, 3-5).

En el Nuevo Testamento, los Evangelios narran con detalle los últimos momentos de Jesús en la Cruz. San Juan, testigo ocular de estos hechos, escribe: *«Jesús, sabiendo que todo se había cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: "Tengo sed" [...] Y cuando tomó el vinagre, dijo: "Todo está cumplido". E inclinando la cabeza, entregó el espíritu»* (Juan 19, 28-30). Estas palabras no son solo un relato histórico, sino una revelación del amor de Dios que se entrega hasta el final.

La devoción del Viacrucis, tal como la conocemos hoy, se desarrolló en la Edad Media, cuando los peregrinos que viajaban a Tierra Santa comenzaron a recorrer los lugares donde Jesús sufrió y murió. Con el tiempo, esta práctica se extendió por toda la cristiandad, y las estaciones se representaron en iglesias y capillas, permitiendo a los fieles meditar en la Pasión de Cristo sin salir de sus comunidades.

El significado teológico de la muerte de Jesús en la Cruz

La muerte de Jesús en la Cruz es el centro de la fe cristiana. San Pablo lo expresa con claridad: *«Predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles, pero para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios»* (1 Corintios 1, 23-24).

1. **El sacrificio redentor**: La Cruz no es solo un instrumento de tortura, sino el altar donde Jesús ofrece su vida como sacrificio por nuestros pecados. Su muerte no fue un

fracaso, sino una victoria sobre el pecado y la muerte. Como dice el Catecismo de la Iglesia Católica: *«Jesús libremente ofreció su vida en sacrificio expiatorio, es decir, reparó nuestras faltas con la plena obediencia de su amor hasta la muerte»* (CIC 614).
2. **El amor hasta el extremo**: En la Cruz, Jesús nos muestra el rostro del amor divino. No hay mayor amor que dar la vida por los amigos (cf. Juan 15, 13). Este amor no es abstracto, sino concreto: es un amor que perdona, que abraza, que transforma. Desde la Cruz, Jesús perdona a sus verdugos: *«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»* (Lucas 23, 34).
3. **La nueva alianza**: La muerte de Jesús sella la nueva alianza entre Dios y la humanidad. Su sangre, derramada en la Cruz, nos purifica y nos reconcilia con el Padre. Como dice la carta a los Hebreos: *«Cristo se ofreció una sola vez para quitar los pecados de todos»* (Hebreos 9, 28).

La duodécima estación en el contexto actual

En un mundo marcado por el sufrimiento, la injusticia y la división, la Cruz de Cristo sigue siendo un signo de esperanza. Nos recuerda que el amor es más fuerte que el odio, que la vida vence a la muerte, y que el sacrificio no es en vano.

1. **Un llamado a la solidaridad**: La Cruz nos invita a mirar a los que sufren a nuestro alrededor. Hoy, millones de personas cargan cruces invisibles: la pobreza, la soledad, la enfermedad, la persecución. Como seguidores de Cristo, estamos llamados a ser sus compañeros de camino, a aliviar sus cargas y a llevarles consuelo.
2. **Un desafío a la indiferencia**: En una cultura que a menudo ignora el sufrimiento o lo banaliza, la Cruz nos confronta con la realidad del dolor. Nos desafía a no quedarnos indiferentes, a no dar la espalda a los que más nos necesitan.
3. **Una invitación a la conversión**: La Cruz es un llamado a la humildad y al arrepentimiento. Nos recuerda que el pecado tiene consecuencias, pero también que el perdón de Dios es infinito. En la Cruz, encontramos la fuerza para cambiar, para dejar atrás lo que nos aleja de Dios y de los demás.

Cómo vivir esta estación en nuestra vida espiritual

1. **Meditar en el amor de Cristo**: Tomemos tiempo para contemplar la Cruz, para preguntarnos: ¿Qué significa para mí que Jesús haya dado su vida por mí? ¿Cómo puedo responder a este amor?
2. **Aceptar nuestras propias cruces**: Cada uno de nosotros tiene cruces que cargar. En lugar de rechazarlas, podemos unirlas a la Cruz de Cristo, ofreciendo nuestro sufrimiento por la salvación del mundo.

3. **Ser testigos de la esperanza**: La Cruz no es el final de la historia. La Resurrección nos espera. Vivamos con esperanza, sabiendo que, en Cristo, todo sufrimiento tiene sentido y todo dolor puede ser redimido.

Conclusión

La duodécima estación del Viacrucis nos lleva al corazón del misterio de la fe cristiana. En la Cruz, Jesús nos muestra el rostro del amor que da todo sin reservas. Hoy, como ayer, este amor nos interpela, nos transforma y nos envía a ser portadores de su luz en un mundo que tanto la necesita.

Que la contemplación de la Cruz nos llene de gratitud, nos impulse a la conversión y nos inspire a amar como Cristo nos ha amado. Como dijo San Juan Pablo II: *«La Cruz es el árbol de la vida, plantado en el Calvario, cuyos frutos son para todos los hombres»*. Que estos frutos de amor, perdón y esperanza renueven nuestras vidas y las de quienes nos rodean.

«Nosotros predicamos a Cristo crucificado, fuerza de Dios y sabiduría de Dios» (1 Corintios 1, 23-24). Amén.